

Taller de Cuento de la Casa del Lago
Coordinado por Eduardo Mosches

CUENTOS

A VECES LOS MUERTOS BUSCAN COMPAÑÍA

por Miguel Angel Domínguez

Esta mañana hace demasiado calor. Parece como si el sol quisiera evitar lo que pretendo hacer. Pero ni aun el sol me podrá detener. Lo he decidido así.

La ropa se me adhiere pegajosa al cuerpo y esto me fastidia sobremanera. Me molesta rodearme de tantas personas y que estén tan cerca de mí. Pero las circunstancias lo establecen así. Es la gente que se aglomera alrededor del Zócalo. Hoy es el día en que se festeja el aniversario de nuestra Revolución, nada más asqueante. Es ese mismo y estúpido desfile que se conmemora año tras año, con la misma gente ingenua que se reúne entre pancartas y gritos a apoyar al régimen, perpetuando el mito nacional.

Pero yo, este día lo voy a impedir. A partir de esta fecha vendrá por fin, el día de gloria para mí y para todos aquellos espíritus libertarios. Les demostraré a toda esa bola de hambrientos campesinos y a esos cadáveres ambulantes que se les dice burócratas, que sí existe un hombre valiente, que como Lenin, Trosky o Mao, se ha atrevido a enfrentarse con el Estado. Lo que haré será muy sencillo: cuando el presidente salga de Palacio Nacional y pase frente a mí, entonces vaciaré toda la carga de mi pistola. Es casi seguro que una bala atraviese el corazón de ese tirano. Así, vendrá el pánico y toda la gente correrá como asustadizos ratones. Pero permaneceré de pie, impávido, observando el espectáculo. Luego vendrán los soldados y me atraparán, pero no opondré resistencia, pues lo que vendrá después ya no me importará. Sólo tendré la certeza de que mi acto contribuyó a la liberación del proletariado. Aunque temo que no lo entenderán. Quizá toda esa chusma de borregos no comprenderá mi sacrificio. Posiblemente nunca sabrán de que bestia los liberé. Pero de algo sí estoy completamente seguro: dentro de algunas horas, cuando salga mi nombre en todos los periódicos, mis compañeros de la universidad habrán entendido mi pensamiento. Todos ellos reconocerán mi justa valía como hombre. Ya no me verán con desprecio las mujeres del grupo. Yo nunca he tenido amigos, pero desde ahora, me ofrecerán todos el

respeto que nunca me prodigaron. Mis maestros se arrepentirán de haberme reprobado alguna vez en sus mugrosas materias.

Hoy en la tarde, cuando mi jefe vea su reloj y descubra que aún no he llegado y que llevo más de una hora de retraso en el trabajo, se empezará a enfurecer. Pero de repente verá distraídamente el periódico que está sobre su escritorio. Leerá algo nervioso, el encabezado y comprenderá todo. Sabrá que este día no iré a trabajar. Ni mañana. Ni pasado mañana. Entonces dará la noticia a todos los demás trabajadores responsables, moluscos que sí fueron a trabajar este día a la notaría. Y todos sabrán de lo que fue capaz de hacer el joven encargado del archivo. Mi jefe, si me vuelve a ver la cara, me verá con otros ojos. Ya nunca más me volverá a escupir con sus gritos y ordenanzas, ni me humillará por parecerle obsoleto y ridículo el tipo de saco y corbata que suelo llevar a diario al trabajo. Aquel cerdo que tengo por jefe nunca comprendió que las columnas frías y grises de los archiveros, únicas acompañantes mías, no les importa el tipo de traje que lleve. Malditas. También de ellas me vengaré algún día, si puedo.

Lo que voy a realizar, lo siento un poco por mamá, porque sé que me estima un poco y me extrañará. Estoy casi seguro que ya me perdonó el haber pateado y destruído el televisor, cuando ella estaba viendo las novelas. Y aunque me diga de vez en cuando que me odia, siento que lo dice sólo por molestarme.

Pero no debo pensar más. El momento se acerca. Observo que todo comienza a moverse a mi alrededor. Todos gritan muy fuerte. Mi vista se transforma en un mar de colores y algarabía. Siento que me empujan por todas las partes de mi cuerpo. Sí, es él que ya se acerca. Lo veo a lo lejos. Ya sale del Palacio Nacional con su comitiva. Meto la mano en el bolsillo de mi saco y la acaricio. La pistola está fría. Muy fría. Se congela al contacto de mi sudor que es aún más helado. La gente comienza a ponerse histérica, llena de júbilo. Un júbilo que sé que sólo es aparente. Esperen necios. Es cuestión de unos minutos y toda esta comedia terminará para ustedes. Todo este alboroto absurdo y deprimente comienza a impacientarme. De pronto un brazo moreno y delgado se abre paso frente a mí. Una voz débil y seca me pide de favor la deje pasar. Molesto me hago a un lado. Es una pobre mujer escuálida y harapienta, que en su rebozo carga a un niño igual de apestoso que su madre. Necia. Mil veces neia. Seguramente tú también quieres ver más de cerca al tan querido presidente. Pues lo verás. Vaya si sé que lo verás. Pues hasta a ti, infeliz india, salpicará la sangre de tu presidente, mojando tu sucio rebozo y la cara también sucia de tu hijo. Sabrás que la redención de la clase marginada no es tan sólo un mito.

Vuelvo a sentir los empujones ahora con más fuerza. A la figura del presidente la descubro cerca de mí. Eso, muy bien. Acércate más querido cerdo. Permíteme añadir a tu hermoso traje negro algunos agujeros de bala que harán juego con los que tendrás en la cabeza.

La gente continúa molestándome con sus empujones. Parecen pollos, que hambrientos, buscan devorar el único gusano a la vista. Supongo que por eso, aquel soldado alto, de enorme musculatura a pesar de su guango uniforme caqui, se nos acerca empujando y gritándonos: ¡Atrás! ¡Atrás! Se ve que es un soldado muy fuerte, puesto que ha sabido controlar la posible desbandada. Es a él a quien tengo que esquivar en una maniobra rápida y ágil, cuan-

do pase el presidente frente a mí. Es casi seguro que este soldado será el que me atrape cuando haya acabado mi misión. Con una expresión de miedo en sus ojos, titubeará un segundo, pero luego me sujetará con fuerza y me detendrá. Llegarán después muchos más soldados que me llevarán a un cuarto oscuro, muy oscuro, donde me torturarán y me golpearán quizá por muchas horas. ¡Carajo! ¿Por qué no dejaré de sudar? Me repugna sudar tan copiosamente. Me hace sentir demasiado humano y débil igual que los demás. Debo ser fuerte. No me debe importar las bofetadas que me darán y que me retorcerán los brazos. ¿Pero y si me tiran los lentes y los rompen? Eso no podría soportarlo. Debo ser fuerte. Fuerte. Ahí viene. Puedo oler su putrefacta figura de poderío. ¡Maldito sudor que no quiere parar de fluir! Ya está justo enfrente de mí. No hay error. Sigo apretando la pistola. Debo ser fuerte. . . ¡Corro! ¡Basta! Y suenan los disparos. Fueron solo tres. La gente se fracciona en mil pedazos. Los niños, los hombres se desparraman en todas direcciones presas del horror. Veo a mis pies al presidente, tumbado en el suelo con dos balazos en su pecho sangrante y quemado por la pólvora. El rostro contorsionado y babeante con la mirada perdida en el infinito.

Pero nadie corre a detenerme. Nadie me ve con pánico, porque nunca apreté el gatillo. No pude hacerlo. Veo que tres soldados sujetan con violencia a esa india infeliz que estaba hace unos momentos a mi lado. Ahora se la llevan. Se alejan con rapidez. Muy orgullosa parece decirles que no molesten a su hijo. Se alejan. Irán a ese cuarto oscuro e infernal. Yo corro tras ella. Deseo verle sus ojos. Pero alguien me detiene. Yo sólo quiero mirarla. Quiero que me mire. Que sepa que existo. Pero descubro que siempre estuvo muy lejos de mí. Será mejor que vaya al trabajo. Se me hace tarde.

TIEMPO LIBRE

Una enorme y kilométrica nube de monóxido de carbono es defecada por un austero camión. Al desvanecerse, poco a poco se puede ver parada en la esquina a Teodora, que ve azorada cómo se aleja el que pudo llevarla de una vez a su casa. Es que ya se le hizo tardísimo. Bueno, calcula que es tardísimo pues ella no tiene reloj. Abusada, ahí viene otro. Sí, éste sí me deja. Luego hace la parada. De milagro se detiene. Ya van tres que pasan sin hacerle caso. ¡Suben! ¡Suben! La gigantesca bolsa blanca del ISSSTE —papel higiénico Regio, Nescafé, aceite Mazola (2 litros), 250 grs. de jamón y anexas— hace de la subida al camión una verdadera proeza de equilibrio. ¿Ya? ¡Vámonos! Teodora saca su viejo y amarillo monedero y cuenta los pesos. . . uno. . . dos. . . ¡A ver señora no deja pasar!

Agarrada del tubo, sujetando con otra mano la mitad de su quincena en víveres, Teodora le paga al chofer. Suspira. Se limpia el sudor de la frente y se acomoda sus enmarañados y untuosos cabellos negros, sucios de un día de trabajo en la clínica (en los pasillos hubo más basura que de costumbre). ¡Señora pásele para atrás! ¡Allá está vacío! Vacío: amalgama pegajosa surgida en una mezcla de gases tabaquiles, calor y diesel, que cubre un enorme masacote de cabezas, brazos y piernas. Masa compacta que quisiera ahogar el llanto frenético de un niño de calzones húmedos; gritos infantiles, que armonizan con más de un corazón acelerado que se encuentra —así nomás de pasadita— en el umbral de Eros: búsqueda cachonda de un sexo improvisado, o en su defecto unas buenas nachas ¡Mírelo! ¿Qué?, ¿Qué?... ¡Baboso! ¡Por ahí sus pasajes! ¡A ver señora que le pase para atrás! Me voy a bajar más adelante. ¡Atrás está la bajada! Teodora entonces, con su enorme bolsa blanca de plástico, trata de abrirse paso con audaces esguinces, por ese angosto corredor de espaldas sudorosas, de panzas prietifofas y una que otra mano alabastrina. Con permiso, con permiso; déjeme pasar joven. Pásele. Con permiso. ¡Pues pásele! Ella ve por una ventanilla que ya se tiene que bajar en la próxima avenida. Oiga, no le toca por favor el tim. . . ¡De pronto se le escucha el claxon del camión, chillar enloquecidamente, acompañado de un brusco enfrenón! ¡Si no llevas ganado güey! ¡No me fijo en lo que sube! ¡Chale ya se cayó la seño! Teodora yace en el suelo. Es ayudada por dos hombres a levantarse. Está pesadita seño. Ay muchas gracias señor. Pero nuevamente (y de repente), los aullidos del claxon con ese tradicional mensaje a nuestra más inmediata antecesora. Otro enfrenón. Lo vertical se torna horizontal en segundos para los ojos de Teodora. ¡Qué trai's pinche chofer! ¡Ya se cayó la señora otra vez! Se le está chorreando el aceite seño, de la bolsa. ¡No la alburees y mejor levántala pendejo!

El camión continúa su marcha. Acelera a todo lo que da su máquina. Tóquele el timbre por favor. . . Oiga, que le toque por favor. ¡Bajan! ¡Tóquele! ¡Bajaaaaaan! Y viendo Teodora que su parada ha quedado muy lejos de su horizonte, decide sacar fuerzas de flaqueza, pues con codazos ¡ay! empujones, va abriéndose paso a través de esa gigantesca gorda, a través de esa urdimbre de estudiantes. ¡Huy que prisa, luego por qué se cae! Teodora continúa valientemente: empuja una cadera por delante, ahora la otra, mete la pierna en ese hueco y luego la bolsa ¡Uff! Ya casi lo logra. Es cuestión de unos centímetros más y llegará a la puerta. Con permiso. Y al fin, la menuda mujer llega a su destino. Toca el timbre. No sirve el timbre. Luego un grito agudo que intenta ser estentóreo. ¡Bajaaaaaan! ¡A qué escándalo! El aire, en un instante, golpea el rostro de Teodora y ya en la calle, los ruidos de los coches, de la gente, le recuerdan que aún no ha acabado su trayecto. Voltea, ve las nubes, más bien el cielo gris de la noche. Dudosa ubica por qué calles la dejó el camión. Respira hondo el viento, ese aire sucio que se desprende de las obras del metro y mejor camina.

Llega a su casa. Su mamá la recibe con un beso. El hijo de Teodora como siempre a estas horas ya se durmió. La cansada mujer empieza a calentar la cena. ¿Por qué tan tarde hijita chula? El tráfico mamá. Existe en Teodora una ilusión que la motiva a apresurarse a terminar de poner la mesa. Es una emoción que no es exactamente su marido, pues ella no tiene por el momento ni pretendientes. Es más bien una ilusión muy especial. ¿Ya empezó? A

ver, déjame subirle. Creo que todavía está el Zabludosqui. "AHORA LOLITA AYALA CON MUCHAS NOTICIAS EN POCAS PALABRAS". Sí, todavía falta un ratito. "HOY EN EL SENO DE LA ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS. . ." Mejor apágala. "SE INICIARON LOS DEBATES PARA PLANTEAR LA NECESIDAD URGENTE DE UN NUEVO ORDEN INTERNACIONAL DE LA COMUNICACION SOCIAL PARA. . ."

Terminan de cenar. La hora se acerca. Teodora vuelve a prender la tele y termina a su vez de lavar los trastes. Luego se escucha en la salita: ¡Cooooolorina!. . . ¡Con tu canto de goooooolondrina! Y Teodora deja todo lo que está haciendo y, va corriendo por su mamá y principian a ver juntas la televisión. ¿No quieres nada mamá? No. Así estamos muy bien.

VALORES

A Enrique De la Cruz

Con tantos platos que lavar y me pides que te hable de él. Bueno, te diré que a mí me molestan los chavos groseros, toscos. Y él era así. Incluso había días en que me caía tan mal. . . Pásame la bolsa de Fab, plis. . . Es que era tan infantil. . . y era algo naco, cómo no; con sus lentes oscuros de turista tercermundista y toda la cosa.

A mí no me gustaba.

Déjame a mí la sombrilla ¿no?. . . Ya. . . Ahora sí. ¡Qué lluviecita!. . . Sobre tu pregunta, creo. . . pienso que nadie sabía con exactitud cuál había sido su pasado. Quizá ni él mismo lo conocía.

Y hoy a pesar de haber transcurrido ya varios años, lo recuerdo todavía muy bien. En realidad tengo muchos motivos para no olvidarlo. Lo recuerdo en una época en que era yo una adolescente, cuando iba a la Universidad. De hecho fue ahí donde lo conocí. Y lo veo así con nosotros, sus compañeros de clase, en el salón, de pie, sentado o simplemente dormido en un rincón, gritándonos madre y media sobre Gramsci o Lenin. Yo casi siempre estaba callada. Era muy tímida.

En fin; pero también recuerdo que otras veces nos decía que el marxismo era el opio del pueblo. Era. . . ¿cómo diríamos. . .? algo disparatado.

¡Mira ahí viene un taxi!

Sí, exacto, fue en la Universidad.

Pues no, si te digo, para nosotras en la escuela pasaba casi desapercibido. Yo casi ya no recuerdo nada de él. Aunque sí me acuerdo de algunos de sus relajos en el salón. Creo que era bien moto, eso sí.

Pon el plato ahí ¿no?

No se paró el taxi. Qué mala onda. . . ¡Ah! Sí. Continúo. En cierta ocasión a él le dió por comprar unas revistas del "Viejo Topo", de esas españolas. Lo recuerdo porque siempre tuve tentación de pedírselas, pero nunca lo hice. No sé por qué. Me daba pena o quizá me gustaba verlo de lejos.

Nunca llegué a ser su amiga. Yo solamente lo miraba atentamente cuando platicaba, bueno, nunca a mí directamente, y nos hablaba de las cosas que descubría en las revistas. La verdad era que casi siempre tenía algo que decirnos.

Una vez le toqué el hombro y sin querer le lastime un tatuaje que se estaba quitando con sal. Pero creo que le lastimé algo más que su hombro.

¡No hombre, olvídate! Con sus tatuajes en los brazos. ¡Fuchi! Así como te lo digo, se creía Popeye el güey.

Pero lo que yo sentía cuando nos hablaba (puede que sólo sean tonterías mías, pero así lo sentía), era una especie de recelo por parte de él. Percibía en sus gestos, en sus ademanes, algo que nos ocultaba, que se guardaba para sí. Algo que no quería compartir o confesar, que sé yo.

Sí, fuimos grandes cuates él y yo. Incluso se decía que yo era su única amiga. Qué loco ¿no? El a veces nos quería apantallar con sus ondas de liberación sexual. Payaso. Es que era bien mamón. Yo digo.

Nunca nos respetó, bueno a nosotras las mujeres. Yo nomás le seguía la corriente. Me acuerdo que hasta una vez le dije que yo no era virgen, nomás para que me dejara de fregar. Sí pobrecito ¡Je! se lo creyó.

Bueno, siquiera ya dejó de llover.

Te decía que no siempre era así. También lo recuerdo como un hombre callado, silencioso. Alguien que nos observaba, que nos vigilaba, desde su silla en un rincón.

Se comportaba como los gatos que se quedan callados y nos miran directamente a los ojos, que buscan una respuesta y no la encuentran.

Sí, a veces creo que así era, como un gato enjaulado, porque en ocasiones también era hurraño, agresivo, distante con nosotros.

Cuando teníamos alguna fiesta o reunión, recuerdo que un poco de alcohol o cerveza lo transmutaban en ese gato, en ese hombre enjaulado en sus propios recuerdos. Recuerdos que no lo dejaban ser libre, al menos como él posiblemente deseaba.

Ya se cortó la espuma ichin! . . . ¿Qué te decía? ¡Ah! Era bien fodongo. Es que era flojo. Si yo bien que lo conocía.

Yo le decía que estudiara bien, a fondo. Nunca lo hacía. Y salía luego con sus jaladas de anarquismo. Yo por mi parte, siempre leía y participaba muy bien en las clases. No sé para qué iba a la escuela si casi nunca estudiaba a fondo, a conciencia.

No me atrevo a decir que lo conocía, pero en lo que casi estoy segura, era que no se sentía a gusto, pues nosotros éramos una contradicción para él y sobre todo, él era una contradicción para nosotros.

Alguien me contó que había estado mucho tiempo en la cárcel. Nunca me atreví a preguntarle si era cierto eso. Tenía miedo a su respuesta. No a él, sino a su respuesta.

Por eso sabía que en cierta forma detestaba todo ese ambiente pequeño burgués e hipócrita en que se desenvolvía como estudiante. Pero también sabía, sentía que nos necesitaba, porque permaneció con nosotros hasta el final.

Sin embargo, él fue siempre una pieza que no encajaba bien, al menos que no encajaba con nosotros y eso. . . eso molestaba a varios.

Se creía mucho. Y no sé por qué. En ocasiones era bastante corrientito. Pues de repente se ponía a dar de nalgadas a todo el mundo. ¡A nosotras! Y luego se botaba de la risa. Es que era, como te dije, algo grosero. Yo no más le seguía la corriente. Ya parece que me iba a dejar que me cotorrearan.

Por eso su actitud escéptica hacia muchos de nosotros. Y le llamo escéptica porque siempre estaba como esperando algo. Algo de nosotros. Quizá algún apoyo, un poco de cariño.

Creo que nadie lo entendía. Al menos yo no lo entendía. Quizá quería burlarse de nosotros. Quién sabe. Pero esa burla yo la sentía como un mecanismo de defensa. Como que esperaba en cualquier momento una traición. Nos tenía desconfianza o simplemente desprecio. Al menos esa serie de impresiones se cristalizaban en sus gafas oscuras que casi siempre usaba. Eso lo sentí en las pocas veces que lo miré y me miró de frente.

Gafas oscuras que filtraban algo más que el sol y que ocultaban algo más que sus ojos. Que ocultaban literalmente su rostro. A lo mejor para él, así era más fácil y placentero mirar a la gente de frente.

Una vez me confesó que era bisexual. Yo, pues ya sabes, no. . . que no hay pedo, pero por dentro ya te imaginarás lo que pensaba. Pero aún a pesar de eso, él en resumidas cuentas era un macho, un pinche macho. Sí, eso era simplemente. Pues, a cómo jodía con sus preguntas indecorosas. . . Por cierto ¿qué horas son? Sí ya es tarde. ¿Mi esposo? Ya no ha de tardar. Bueno eso digo.

Algunos de sus amigos o compañeros más cercanos a él lo conocían un poco más que muchas de nosotras. Ellos le decían de cariño "Virgilio" porque según esto, él los había guiado por muchos infiernos y por eso él, "Virgilio", los había iniciado porque los conocía a la perfección. Infiernos que habían convivido con él durante mucho tiempo. Ellos nunca me quisieron hablar mucho de esto, pero a mí me hubiera gustado haberlos conocido, saber qué eran los infiernos.

Ahora pienso que seguramente le hubiera gustado saber que alguien se interesaba por su vida. Le hubiera gustado saber que posiblemente muchos del salón se interesaban por su experiencia. Yo pienso que él tenía muchas cosas que comunicar, pero que nunca lo hizo por desconfianza, o por temor. Recuerdo que solamente tenía una amiga en el salón que le contaba todo. Al menos era algo.

El tenía muchas cosas que decir. Creo que esa fue una de las cosas que más le angustiaban: No poder decirlas.

Siempre andaba pregonando sobre la libertad. Tonto. Es que estaba canijo que un tipo como él nos enseñara sobre eso. Al menos a mí no me impresionaba. En fin, pobrecito. Quién sabe qué mamadas estará haciendo ahora. ¡Chin! Ya se cortó la espuma otra vez. Pásame el Fab ¿sí manita?

Ya pasaron varios años pero su imagen aún permanece, diciéndome que las relaciones humanas son algo difíciles de entender.

Mejor vámonos a pie.

